

El novelista V. Blasco Ibáñez ha hecho declaraciones a *El Herald de México*
(*El Herald de México*, 20-1-1920)

El famoso novelista, comendador de la Legión de Honor, doctor en no sé cuántas facultades, fundador de ciudades, explorador, etc., etc., me recibió en su apartamento del Hotel Félix Portland, apartamento que dista de ser lujoso. Blasco Ibáñez no gusta de los ostentosos hoteles neoyorquinos; ha dejado sus apartamentos del Belmont y encuéntrase al parecer más a sus anchas en este modesto alojamiento.

Me recibió como a un viejo amigo, sencilla y cordialmente. Él conoce el periodismo y sabe de interviews, además de saber de otras muchísimas cosas: ¿de qué no sabe este hombre extraordinario?

Empecé el interrogatorio inmediatamente, porque Blasco Ibáñez está asediado de quehaceres y su tiempo es precioso; hay que economizarlo. Sin embargo, dos largas horas me fueron concedidas. Él aprecia *El Herald*, simpatiza con él íntimamente y, sobre todo, simpatiza de corazón con México y con los mexicanos. Hace muchos años que tiene la intención de visitarnos; siempre le ha interesado México, parece como que algo le avisaba que tendría que intervenir en cierta forma en ese país; solo que sus empresas colonizadoras en Argentina habían tomado todo su tiempo; largos años durante los cuales exploró y colonizó como un antiguo español compañero del conquistador don Hernando, años durante los cuales comprendió y amó el alma hispanoamericana. México tiene, sin embargo, algo especial, algo que le distingue de todas las otras naciones de América; sus problemas son de alguna manera más grandiosos, más ampliamente tratados...

—Iré —me decía— directamente a la capital para recibir allí mis primeras impresiones. No daré conferencias; yo no quiero ser oído en México, lo que quiero es oír, ver y estudiar; después se me oirá. Una gira de conferencias podría llevarme a sitios sin interés y alejarme de otros interesantes, y lo mismo que digo de los sitios digo de las personas.

»¿La intervención? ¿El petróleo? Ah, yo sé que hay una minoría en este país interesada en hacer la intervención y en apoderarse de las riquezas de México, y esta minoría está manejada por Europa; esto yo lo sé bien; allá, no aquí, es donde están los enemigos de México. Yo les quitaré la máscara y los mostraré al mundo en la serie de novelas que escribiré sobre México. Ya las tengo en la cabeza, la estructura está casi completa, solo falta el detalle, el relleno que debe proporcionar la observación del paisaje y de los hombres de México. Mi obra será eficaz porque yo seré oído con atención, muy especialmente en este país en el que nadie sabe una palabra sobre México. Yo soy el que más sé y confieso

que no sé nada. Los mismos mexicanos están ciegos, desorientados; su misma nacionalidad está en peligro y ellos no lo ven, no se dan cuenta del abismo. Es preciso que abran los ojos y vean; la revolución ha durado demasiado, porque las demás naciones estaban sobrado ocupadas para concederle atención, pero ahora ya no lo están y no permitirán por mucho tiempo el estado de desorden que parece existir en México, que, al menos, hacen parecer que existen sus enemigos, y hay que tener en cuenta que México no tiene amigos fuera de sus propias fronteras, que la prensa mundial está contra esa nación, que el alboroto mexicano molesta a las demás naciones y las perjudica y que nadie tiene derecho a molestar al vecino indefinidamente. La revolución mexicana ha conseguido cansar al mundo. En Inglaterra, en Francia, aun en España, la gente se pregunta: “¿Cuándo va a terminar esto?” Y si la intervención llega a sobrevenir, se hará el silencio alrededor del crimen, quizá algunas aisladas protestas surjan, la mía será una de ellas; protestas aisladas, impotentes, sin eco; no habrá una mano que se extienda para ayudar a México, porque vuestros enemigos han conseguido que se considere esto como una necesidad. La guerra será sangrienta; yo sé que el elemento hombre en México es superior, que el patriotismo es capaz de todos los heroísmos; pero, amigo mío, con los sistemas de guerra modernos la cosa es matemáticamente fatal, no tiene escape, no hay esperanza. Preciso es que los mexicanos reflexionen y se den cuenta de que hay que ser civilizados para vivir al lado de las naciones civilizadas, de que hay que demostrar al mundo que pueden y quieren ser demócratas y que la trasmisión de poderes se hace democrática y pacíficamente. Entonces se habrán suprimido los pretextos para una intervención y ella no vendrá, México se habrá salvado.

»¿La Constitución mexicana, las reformas propuestas? Todo eso me gusta infinitamente; yo soy esencialmente un revolucionario, lo he sido toda mi vida. Pero diré a Ud. lo dije a otra persona que me mostró esa constitución y esas reformas: “¿Qué dejan Uds. para las futuras generaciones?” ¡Se van a aburrir, tendrán que poner un rey, si quieren hacer algo, porque ya Uds. lo han querido hacer todo! Eso es demasiado hermoso para que pueda todavía ser una realidad, eso requiere un pueblo perfecto. Entre Uds. hay demasiados soñadores, muy pocos hombres prácticos. Yo simpatizo con los primeros; por eso simpatizo con Wilson, porque en medio de este conglomerado de mercaderes es un hombre con alas. Por eso simpatizo también con *El Herald de México*, porque tiene ideales, por eso me simpatiza el general Alvarado, porque es también un hombre con alas. Y advierto a Ud. que a este último solo le conozco a través de sus enemigos; he leído las críticas que de él hacen y me he dicho: “¡Pero si a este hombre lo atacan por haber hecho lo mismo que yo hubiera hecho en su lugar!” Tengo mucho interés de conocerle, lo mismo que a otros muchos.

»A don Venustiano no puedo figurármelo sino vistiendo coraza medioeval; su firmeza, su serenidad en medio de las terribles tormentas que han sobrevenido durante su vida pública, su labor altamente favorable a la raza y a la patria, hacen de él un personaje de interés particular, de relieve histórico. En mi opinión un gobernante debe tener todas las cualidades, especialmente la adaptabilidad.

»Yo no voy a México a ponerme al lado de ningún partido, sino al lado del país. Yo no escribiré artículos, pero escribiré novelas y trataré de ayudar a salvar esa nacionalidad que ahora peligrá. Diré la verdad, porque no sé decir otra cosa, ni debo decir sino la verdad, porque a los pueblos nobles y generosos, como a los hombres generosos y nobles, se les debe la verdad, es su derecho.

»Se me figura que el defecto capital de los mexicanos es el no saber obedecer; se ha creído que la libertad consiste en negar obediencia a toda autoridad, y, como los rusos, han querido pasar del despotismo al abuso de la libertad. Las democracias para vivir necesitan quizá más obediencia que los despotismos, solo que la obediencia demócrata es más digna.

»Tal vez deba de rectificar algunas de las opiniones que ahora tengo; por eso voy a México, porque quiero saber la verdad.

La entrevista había durado demasiado tiempo, el teléfono con su continuo repicar me advertía que estaba ya abusando de la amabilidad del Maestro. Supliqué me diera un retrato y me despedí prometiendo volver a verle antes de su partida para el West, a donde va a dar algunas conferencias; después volverá a New York a fines de febrero y el primero de marzo, no el día dos, como él dice, sino el primero, saldrá para México.

New York, enero de 1920.